

Los Hermanos Cubero

CANCIONERO

ÍNDICE

7.- «Las cosas que no pueden ser, pero son», por Joan Pons

13.- «Fabricando buenos tiempos», por Emilio Gancedo

CANCIONERO

CORDAINEROS DE LA ALCARRIA (2010)

61.- «Hagamos algo de ruido», de Roberto Ruiz Cubero

63.- «El mielero», de Enrique Ruiz Cubero

64.- «Cordaineros de la Alcarria», de Enrique Ruiz Cubero

LA CALLE ABAJO (2012)

67.- «La calle abajo», de Roberto y Enrique Ruiz Cubero

69.- «No quiero soñar nunca más»,
de Roberto Ruiz Cubero

71.- «Paloteo de otoño para Abril»,
de Enrique Ruiz Cubero

FLOR DE CANCIONES (2013)

- 74.- «Flor de canciones», de Roberto Ruiz Cubero
76.- «Jota de los besos», de Enrique Ruiz Cubero
78.- «Sin dejarnos despeinar», de Enrique Ruiz Cubero
80.- «En la Alcarria para siempre»,
de Roberto Ruiz Cubero
82.- «Las coplas del abuelo», de Enrique Ruiz Cubero
83.- «Romance del caballo bayo»,
de Enrique Ruiz Cubero

A BURRASCA PERDIDA (2015)

- 85.- «Amor inefable», de Enrique Ruiz Cubero

ARTE Y ORGULLO (2016)

- 87.- «¿Quién electrificaría su alma?»,
de Enrique Ruiz Cubero
89.- «Por ganarme la vida», de Roberto Ruiz Cubero
92.- «Fabricando buenos tiempos»,
de Roberto Ruiz Cubero
94.- «Arte y orgullo», de Roberto y Enrique Ruiz Cubero
96.- «Trabajando en la MCA», de Roberto Ruiz Cubero
98.- «Levántate», de Enrique Ruiz Cubero
100.- «Maldita urraca», de Roberto Ruiz Cubero

QUIQUE DIBUJA LA TRISTEZA (2018)

- 102.- «El tiempo pasó», de Enrique Ruiz Cubero
104.- «Sonrisa inabarcable», de Enrique Ruiz Cubero
106.- «No veo dónde reposar», de Enrique Ruiz Cubero
108.- «Un suspiro y un beso», de Enrique Ruiz Cubero
110.- «Lo que ni yo soñara», de Enrique Ruiz Cubero
112.- «No nos despedimos», de Enrique Ruiz Cubero
114.- «Quisiera poder rezar», de Enrique Ruiz Cubero
116.- «Tenerte a mi lado», de Enrique Ruiz Cubero
118.- «Tu recuerdo es mi consuelo»,
de Enrique Ruiz Cubero
120.- «Qué haré el resto de mi vida»,
de Enrique Ruiz Cubero
122.- «Me quedo con lo bueno», de Enrique Ruiz Cubero

ERRANTES TELÚRICOS (2021)

- 124.- «Efímera», de Enrique Ruiz Cubero
125.- «Canción para un final, canción para un principio»,
de Roberto Ruiz Cubero
127.- «G U A D A L A J A R A», de Roberto Ruiz Cubero
128.- «Problemas a los problemas»,
de Roberto Ruiz Cubero
130.- «Llama encendida», de Enrique Ruiz Cubero
133.- «Complacemos», por Elvira Valgañón

LAS COSAS QUE NO PUEDEN SER, PERO SON

Por Joan Pons

Mi relación y supongo que la de muchos con Los Hermanos Cubero, con su música, concretamente, siempre se ha movido en vaivén entre el desconcierto y el asombro, que suelen ser primos hermanos. Desde que los descubrí, siempre me pregunté si existían de verdad, si eran de este tiempo, si era posible una propuesta artística tan particular y concreta como la suya en un siglo que miraba de manera tan descarada e insistente hacía otros lugares que no eran precisamente Guadalajara. Así que esta extemporaneidad, tan a contrapelo y a la vez tan sincera, hizo que la perplejidad deviniera admiración, acaso también porque las canciones de Enrique y Roberto Ruiz Cubero tenían muchos más valores y atractivos más allá del contraste con el resto de músicas de su época. Y el principal, y aquí sí hablo en mi caso, sería el de pegarse a la vida, a algún jirón de mi vida, como banda sonora accidental o voluntaria. He tenido a bien recopilar un puñadito que creo pueden ser ilustrativos:

1. LA MALETA DE CADA UNO

La primera vez que vi la portada de *Cordaineros de la Alcarria* pensé que no podía ser. Ya me parecía imposible que un grupo actual sacara un disco de jotas castellanas con trazas de country-bluegrass (o al revés, nunca está claro) y, sobre todo, lo envolvieran con una cubierta que me remitía a los casetes de carretera que encontraba años ha en los dispensadores de gasolineras y áreas de servicio de los viajes con la familia a Teruel, al pueblo de mi madre. No podía ser, pero era. Y entre la curiosidad y el reconocimiento por culpa de mi bagaje personal, me acerqué a unas canciones que me hablaban de tú a tú, a escala humana, en la que podía proyectar tanto lo que había sido como lo que era (y pocos piropos más valiosos se pueden decir de cualquier música, creo).

2. LOS HERMANOS CULEBRA

En una ocasión, de estas que lamentablemente hay muchas más de las que debería haber, un periodista confundió el nombre del grupo en un artículo y en lugar de Los Hermanos Cubero puso Los Hermanos Culebra. Glups. Más allá de las chanzas y la vergüenza ajena por el gazapo, empaticé con la idea de que la estampa de Enrique y Roberto invitaba a renombrarlos de alguna manera que los apersonajara (de hecho, son extremadamente reconocibles y hasta dibuja-

FABRICANDO BUENOS TIEMPOS

Por Emilio Gancedo

Hay una estampa capaz de condensarlo, de resumirlo todo. O, si no todo, al menos gran parte de la historia que se va a contar a continuación.

De la historia humana, de la historia palpitante, de la rítmica historia que se va a contar a continuación.

Y es una escena singular, tan singular como la ciudad, el tiempo y el país en los que tuvo lugar. Ciudad y país que estaban dejando de ser lo que habían sido durante largos, arrastrados, polvorientos siglos. Una ciudad y un país que en pocas décadas se vieron obligados a experimentar lo que a otros les costó épocas enteras absorber, incorporar a la cadencia de sus días. Los campos de España habían abandonado el mágico —ya casi incomprensible para nosotros— universo de la tradición y se incorporaban al mundo moderno, pero no paulatina y gradualmente sino como si hubieran sido víctimas de un algún tipo de convulsión geológica.

En aquella pequeña capital de provincia, los modernos bloques de ladrillo y hormigón arrojaban cada vez más sombras sobre el viejo caserío de argamasa y teja roja y

florituras de forja en los balcones. Los coches y autobuses sorteaban el carro de algún chatarrero mal afeitado tirado por una mula parda, y, a veces, en el atardecer anaranjado, cuando los chavales hacían los deberes bolígrafo en mano, cuando las madres preparaban la cena y cuando los obreros volvían a casa con un pitillo en los labios, una familia entera de gitanos hacía subir por la escalera, al son del órgano portátil, una cabra negra como la noche, de patas seguras y pelo duro.

En aquella ciudad, interior y mediterránea, poblada por los hijos y los nietos de innumerables cabreros y leñadores, carboneros y labrantines, rodeada de un raza de encinas pequeñas y porfiadas, y de surcos que son como heridas abiertas en la espalda de gigantes, un chaval se afana en un cuarto con muebles de aglomerado y paredes pintadas al gotelé. El chaval se aplica, sentado en la alfombra, sacando un poco la lengua a causa del esfuerzo y la concentración, a una tarea que nadie más está haciendo en ese momento, ni en toda la ciudad ni seguramente en el país, y quién sabe si en el mundo entero.

El muchacho tiene un laúd en las manos y un equipo de música delante. Y la labor a la que ha decidido consagrarse tantas tardes es la de intentar sacar con el laúd —un laúd barato, un laúd de rondalla— los solos de guitarra de las bandas de rock, de country y de folk americano cuyos cedés había sacado en préstamo de la biblioteca pública.

—No, si yo mismo lo reconozco. Era aberrante —dice, hoy, Roberto Cubero.

Los acordes se le escapaban, oponían resistencia, no se dejaban dominar. Pero Roberto, fascinado por el misterioso equilibrio de las canciones, ansioso por descifrar el secreto de las armonías —ese sutil mecanismo de relojería que hace que todo encaje y que el tema, al final, resulte tan chispeante, tan estimulante y cautivador—, seguía con su laúd, dale que dale al acero hasta despellejarse las yemas de los dedos.

Igual que otros chavales despiezan sus juguetes para ver qué tienen dentro, y con las partes sueltas montan sus propias creaciones, Roberto y Enrique Cubero hacían lo mismo con las canciones de los discos que sacaban en préstamo.

Claro que en esa escena falta un personaje que permanece en sombra: el funcionario anónimo que en un determinado momento decidió adquirir tal asombrosa cantidad de cedés de música country, blues y folk; todos esos álbumes de excelente calidad que se alineaban, un poco desorientados quizá, en la sala de audiovisuales de la Biblioteca Pública de Guadalajara. A ese funcionario pudo haberle movido una apasionada afición por tales sonidos, o quizá la orden vino de arriba, rara iniciativa ministerial encaminada a tender un puente entre el seco, áspero y aromático interior de España y las extensas llanuras fluviales de Estados Unidos, vayan ustedes a saber. El caso ilustra de nuevo cómo el azar, o lo que sea que está detrás de esa palabra, lo mueve y lo anima todo.

En la habitación contigua, el hermano mayor de Roberto, Enrique, intentaba emular a Joaquín Sabina con una guitarra desvencijada que le había prestado un tío suyo. Y

CANCIONERO

HAGAMOS ALGO DE RUIDO

Amanece y ha llovido,
esta vez sé que ha llegado mi momento.
Voy a quitarme el abrigo,
pondremos valor donde otros conocimiento.
Con la mano en el corazón
y el corazón haciéndonos soñar.
Estamos en una misión,
no vamos a parar hasta que os hagamos bailar.

Hagamos algo de ruido,
que se enteren en el pueblo que ya estamos aquí.
Madera y cuerdas de acero,
gustaremos hasta a los modernos de Madrid.

Calentad vuestros motores,
cuando queráis salir ya estaremos lejos,
somos de dos lugares;
de delante del volante y de detrás del espejo.

El asfalto parte el campo,
la culebra no tiene principio ni final,
tras un monte siempre hay otro
y solo Dios sabe dónde iremos a parar.

Hagamos algo de ruido,
que se enteren en el pueblo que ya estamos aquí.
Madera y cuerdas de acero,
gustaremos hasta a los modernos de Madrid.

EL MIELERO

Pasa el mielero.
Va por la calle madre,
pasa el mielero,
diciendo a grandes voces:
miel de romero.

Miel de romero,
de espliego o de tomillo.
Miel de romero.
La traigo de la Alcarria
y esto es muy cierto.

Miel de la Alcarria.
Dos tonelillos traigo.
Miel de la Alcarria.
Que vengo de Pastrana,
salga a probarla.

Salga a probarla
si quiere comprobarlo.
Salga a probarla.
Verá que no le miento.
Miel de la Alcarria.

CORDAINEROS DE LA ALCARRIA

Hasta aquí hemos venido
con la idea de entretener,
con guitarra, mandolina
y ganas de pasarlo bien.

Con un puñado de notas,
catorce cuerdas de acero,
las gargantas preparadas
y la Alcarria en el recuerdo.

Si a los de dulzaina y caja
se les llama dulzaineros,
nosotros tañendo cuerdas
tal vez seamos cordaineros.
Cordaineros de la Alcarria,
que es nuestra tierra natal.
Somos nacidos y criados
no lo podemos negar.

Tocando canciones nuevas,
y otras que ya se sabrán,
al estilo de Castilla
con alguna novedad.

Tal vez no guste el estilo,
nuestro aspecto o nuestra voz.
Si es así les gustará
cuando digamos adiós.

Si a los de dulzaina y caja
se les llama dulzaineros,
nosotros tañendo cuerdas
tal vez seamos cordaineros.
Cordaineros de la Alcarria.
Escuchen nuestra canción,
es música castellana
y sin otra pretensión.

Agapito Marazuela
de Valverde del Majano,
la ronda del Alamín
de al lado de nuestro barrio,

Bill Monroe era de Kentucky,
Jimmy Martin de Tennessee.
Traemos algo de todos
y todo junto suena así.

Si a los de dulzaina y caja
se les llama dulzaineros,
nosotros tañendo cuerdas
tal vez seamos cordaineros.

Cordaineros de la Alcarria.
Nos vamos a despedir
porque resulta, señores,
que nos tenemos que ir.

Cordaineros de la Alcarria.
Nos tenemos que marchar.
La segunda despedida
y será la de verdad.

COMPLACEMOS

Por Elvira Valgañón

Con la ligereza del aire. Con el celo aguzado del espino no cantan Los Hermanos Cubero. Con el desconsuelo feroz de las noches tristes y la alegría de los días de fiesta.

ALGO TIENE la música de Enrique y Roberto Cubero que es difícil de explicar, que viene de lo antiguo y se confunde con lo nuevo, que conmueve y desordena, que nos lleva, como sin querer, a las vidas de otros y nos habla, como sin querer, de las nuestras.

Algo tienen los Cubero cuando cantan que es único e inconfundible. Igual que sus sombreros de vaquero, sus camisas bordadas y sus corbatas imposibles. O la forma en la que han hecho desaparecer la distancia que separa la Alcarria de los Apalaches entrelazando estilos y tradiciones con una naturalidad a la que es difícil resistirse.

«Complacemos», contestan con una sonrisa cuando alguien les pide una canción en sus conciertos. Y eso hacen.

De la algarabía ruidosa de *Cordaineros de la Alcarria* a la punzada de nostalgia de *Flor de canciones* o la sobriedad de *Arte y orgullo*; de la pesadumbre transparente, casi cristalina, de *Quique dibuja la tristeza* a la energía compartida de *Errantes telúricos* y *Proyecto Toribio...* a lo largo de los años, han ido trazando entre los dos un mapa con el que transitar por un territorio que, en parte, nos pertenece a todos, pero que es, a la vez, personal y diferente.

Como sin querer, nos llevan a su terreno los Cubero. Y nos recuerdan cuáles son las cosas importantes, y nos conducen por caminos conocidos como si los recorriéramos por primera vez, y nos devuelven la alegría sin filo de las rondas y las romerías, pero también nos acercan al abismo de las despedidas, al vacío que dejan los que se van. Y nos atrapan y nos desvelan, y nos invitan al baile o a la risa o a la melancolía o a la revolución... o a todo al mismo tiempo.

Y hacen lo que les da la gana.

Con un par de micrófonos compartidos por voces e instrumentos, y una guitarra y una mandolina que sueñan a polca y seguidillas, a jota y a breakdown, a country, a blues, a paloteos y habaneras...

Algo tienen. Aunque no se pueda explicar.

Puede que sea la voz. O las manos que vuelan sobre las cuerdas. O la honestidad de unas letras que desarman por la sencillez con la que cuentan, libre de artificios y de trampas, por el modo desprejuiciado con que se instalan en un tiempo propio, ajeno a los caprichos de las modas.